

cantar á San Pedro. El papa acepta la ofrenda, que entregada al caudatario del cardenal diácono asistente, vuelve á manos del cabildo, el cual entrega en cambio al caudatario un regalo de plata cuyo valor ignoro.

Antes de salir de San Pedro el papa adora las grandes reliquias, y luego se dirige hácia la galería alta del vestibulo. En tal momento es preciso aprovechar los conocimientos que se haya podido adquirir acerca de la topografía del Vaticano y de sus afluentes, para no perder tiempo y llegar á la plaza al darse la bendición.

Un espectáculo extraordinario me esperaba á la salida; no sucedía entonces lo que el Jueves Santo, en que la plaza estaba desierta, antes por el contrario, la muchedumbre era compacta desde el vestibulo hasta las calles que desembocan en el Borgo; habia espectadores por todas partes, hasta en los tejados del Vaticano, á una altura propia para causar desvanecimientos; todas las ventanas estaban ocupadas, incluso las de la fachada de San Pedro; habia hombres hasta sobre las campanas que poco despues iban á echarse á vuelo; los objetivos de los fotógrafos brillaban sobre las azoteas de las casas, y nunca hubiera creído que fuese posible reunir en la plaza de San Pedro tan inmenso hormiguero humano. Peatones, soldados, caballos, coches, campesinos y viajeros, todos se oprimian y estrujaban mutuamente; y aquella muchedumbre prodigiosa, alumbrada por la pura y radiante luz del cielo romano, parecia inundada de resplandor. En los escalones y el átrio de la basílica veíanse extranjeros, romanos, labriegos y frailes, todos confundidos fraternalmente; al pie de este animadísimo y caprichoso cuadro se extendía el ejército francés, dividido en dos grandes masas, con su Estado Mayor en el centro y delante del obelisco; al lado de este los habitantes de los arrabales de Roma con sus trages de fiesta, ocupaban su sitio tradicional; á derecha é izquierda se extendía el ejército pontificio; á la espalda formaban la caballería y la artillería, y luego seguian todos los vehículos romanos sobre los cuales se elevaban pirámides humanas. Quien no ha visto la plaza de San Pedro con sus edificios asi atestados de gente, no puede formar una idea de semejante espectáculo.

Yo conseguí colocarme en lo alto de la rampa que une la escalera á la plaza, en uno de los escalones bajos y delante de la cabeza de las tropas francesas; la *loggia* estaba aun desocupada. Pronto se dejaron ver en ella los portadores de tiaras, que las colocaron sobre la balaustrada; luego los cardenales de dos en dos desfilaron despues de haber dirigido una mirada á la plaza, y el papa, llevado en su *sedía*, fue colocado en la base destinada á sostenerla, y donde permaneció sentado leyendo y cantando hasta llegar

á las palabras *et Benedictio*; pronunciadas estas, se levantó, estendió sus brazos al cielo y dió la bendición dirigiéndolos hácia la muchedumbre. Esta ceremonia es igual á la del Jueves Santo, pero mucho mas fastuosa en los adornos pontificales; el tiempo despejado y apacible lo inundaba todo con una claridad intensa, y la multitud respondió á la bendición con una ovacion que á mi parecer, iluminó gratamente el rostro del papa, quien al repetir su bendición se alejó mientras la artillería del castillo de San Angelo continuaba sus salvas, y los cardenales arrojaban á la plaza los dos papeles que contenian el Breve de indulgencias.

La misa del dia de Pascua y la bendición que la sigue forman sin duda alguna un conjunto imponente y maravilloso.

Sentéme en la escalinata de la basílica, y presencié, rodeado de millares de espectadores, el desfile de los cardenales y altos personajes que salian de San Pedro y del Vaticano. Los coches venian, ora del patio de San Dámaso, ora de la sacristía, y pasaban necesariamente en direccion oblicua por delante de mí. No es posible figurarse ya lo que eran estas numerosas comitivas oficiales que han desaparecido con el último siglo; en el nuestro hubiera podido creerse que se asistía al fin de una ceremonia en que tomaban parte las córtes europeas del siglo XVII, pues las carrozas, los lacayos, los trages y los adornos se prestaban igualmente á esta ilusion.

Los coches de los cardenales, magníficos sobre toda ponderacion, son de color encarnado y ostentan escudos heráldicos y motes ó emblemas; dorados por encima y coronados con una especie de enorme fronton labrado, tienen grandes cristales que permiten ver en su interior al cardenal de gran gala sentado en el testero, y en frente de él á su secretario y caudatario. En el pescante descuella un fornido cochero galoneado, dorado, empenachado y con peluca blanca; en la zaga se acomodan tres ó cuatro lacayos con medias blancas y libreas que forman juego con las del cochero. Los caballos ricamente enjaezados ostentan segun la dignidad de sus dueños, grandes penachos de seda azul ó encarnada; y detrás de esta carroza de etiqueta siguen otras dos algo menos deslumbradoras, pero con lacayos adornados de igual librea.

Los embajadores lucen segun su gusto, su fortuna privada ó su sueldo oficial, libreas mas ó menos lujosas, y por lo regular rivalizan entre sí para representar sus respectivas naciones con el mayor brillo posible; sus libreas, en las que suelen dominar los colores claros, están cubiertas con bordados de seda y metales; libreas delicadas y manchadizas que se deterioran fácilmente, y prueban cuán poco cuesta el dinero en los países que abruma con ellas á los

criados de sus representantes. Hoy desfilan á mi vista libreas blancas, azul celeste, de color de naranja, de rosa, verdes, y cubiertas con galones de oro y plata.

Los príncipes romanos, los grandes dignatarios y las personas ricas rivalizan tambien en elegancia con los embajadores y los cardenales, pues Italia no toma los colores, como nuestros países del Norte y Occidente, en los que el negro es de ceremonia é invade hasta los trages oficiales. Preciso es confesar que este desfile de carruages causa gran placer á la vista; por mi parte aseguro que nunca he asistido á un desfile tan largo y suntuoso como aquella salida del público de San Pedro; su conjunto ofrece ciertamente mucha grandiosidad, pero sus detalles suelen abrir un vasto campo á la crítica.

Desde la una hasta las cuatro los coches se sucedieron unos á otros sin interrupcion, y la muchedumbre permanecia tan inmóvil que llegué á dudar lleno de asombro si en lugar de ver á todo aquel gentío despejar la plaza, habia por el contrario asistido á su llegada, dado que su recinto continuaba lleno.

Los campesinos italianos se desayunaban filosóficamente con galletas duras y *broccolis* frios: miserable alimento siempre, pero aun miserable en presencia de la sorprendente riqueza que ante ellos desfilaba. Sintiendo ya el aguijón del hambre, creí oportuno volver á mi casa, para lo cual me deslicé hasta la calzada detrás de una de las carrozas de los senadores, y caminando pausadamente y deteniéndome cuando ella se detenía, llegué al puente de San Angelo. La circulacion por las aceras era imposible, merced al apiñamiento de la muchedumbre, que creo se procuraba ya sitio para ver la iluminacion de la cúpula. Tomé en mi casa el necesario descanso, y dejé á las personas infatigables que fuesen á ver las exhibiciones de las reliquias de Santa María Mayor, San Juan de Letran y Santa Práxedes.

Á las siete y media de la noche me dirigí á la Academia de Francia para ver la iluminacion de la cúpula; es cierto que estaba algo lejos de la basílica, y que los viajeros procuran siempre colocarse lo mas cerca posible, como por ejemplo en el castillo de San Angelo; pero si la iluminacion vista desde el Pincio pierde en vigor, en cambio gana mucho en limpieza, pues á esta distancia desaparecen el humo y las chispas, y la cúpula se destaca refulgente sobre el fondo negro del cielo. Al sonar el toque de Oraciones los encargados de encender los fuegos disparan los que componen la primera fila, y luego esperan á que den las ocho; al sonar la primera campanada de esta hora, la basílica se cubre con la rapidez de un reguero de pólvora, desde la planta á la cruz de grandes puntos luminosos y completa su iluminacion. La cúpula

iluminada produce un efecto mágico, y la celeridad con que se metamorfosea la iluminacion es realmente maravillosa.

Las luces proceden, ya de lamparillas adecuadas al efecto, ya de grandes barreños de fuego del tamaño de barriles que hacen resaltar la iluminacion con la intensidad de su resplandor, y componen los segundos fuegos. Los encargados de encenderlos están suspendidos de largas cuerdas que se columpian sobre la cúpula y la fachada, y los que han subido á San Pedro han podido ver en las aristas de la cúpula y en las paredes del tambor los garfios que sirven para este rudo trabajo; el oficio de *encendedor*, bastante peligroso, requiere mucha sangre fria y gran práctica. Solo se ilumina la mitad de la cúpula, pues la parte que da al campo permanece oscura; la iluminacion de la cruz es tan intensa que segun se dice, se descubre desde el mar entre la desembocadura del Tíber y Civitta-Vechia. Sobre la basílica hay cinco mil ciento noventa y una lamparillas, y los encargados de encenderlas son trescientos sesenta y cinco. Miguel Angel, á quien en Roma se atribuye todo lo que presenta el sello de la grandeza, fue quien dibujó la iluminacion, encontrando en ella el modo de hacer juzgar bien acerca de la forma de tiara que dió á la cúpula. ¿Es verdad esto? No lo sé.—Abrevio los detalles por ser ya muy tarde y porque esta carta es harto larga.

Esta noche Roma entera estaba en pie, y la plaza de San Pedro tan henchida de gente como por la mañana; espectadores y coches, embutidos por decirlo asi unos en otros, han asistido á la iluminacion. Ciertos industriales han hecho su negocio en medio de tales apreturas, y á un amigo mio le han robado el reloj con singular destreza. En Roma, por lo demás, se toman grandes precauciones acerca del particular, y todas las puertas de las habitaciones están provistas de un postigo y reforzadas además con una cadena y una gruesa barra de hierro; los cerrojos completan la ornamentacion, si tal palabra puede aplicarse á esta férrea armadura, pues nunca un italiano abre su puerta sin mirar por el postigo y preguntar: «¿Quién va?» Como las casas de Roma no suelen tener porteros, no son inútiles semejantes precauciones.

Muchas historias se refieren á propósito de los rateros y ladrones italianos, historias mas ó menos auténticas; hé aquí una que me ha parecido bastante cómica.—Paseábase gallardamente hace bastantes años en Nápoles un oficial por la Ville-Reale, forrado por decirlo así, de oro; su uniforme resplandecía como un ascua, y además afectaba una importancia que podia hacer suponer que su bolsillo estaba repleto. Acercósele un rateruelo, y no hallando el bolsillo tal vez porque no lo habia, metió suave-

mente la mano en el bolsillo de la casaca y sacó de él un pañuelo repugnante, sucio y hecho girones. El ratero pasó con altivez por delante del oficial, volviéndose hacia él, y sosteniendo con gran pulcritud aquel harapo entre el pulgar y el índice, le dijo tan solo estas palabras, en tono de reconvencción: ¡Ah, signor! ¡per uno cavaliere!... y arrojando desdeñosa-

mente el pañuelo que con tanta astucia había sustraído, se alejó haciendo un ademán de superioridad.

Buenas noches; voy á descansar, pues lo necesito mucho despues del largo planton que he sufrido sobre mis pobres piernas, desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde.



Coche de gala.

LUNES DE PASCUA.

El Pincio y la tarantela.—La plaza del Pueblo y los fuegos artificiales.—Despedida.

La Semana Santa ha terminado, y vuelvo á mi casa despues de haber asistido á los fuegos artificiales, género de pasatiempo que es del gusto de todas las épocas en todas las fiestas humanas. ¿Por qué esa afición de la muchedumbre á algunas ráfagas de luz que tan pronto se convierten en humo?—No puedo creer que esto sea debido á un pensamiento filosófico que brote de la reflexion sobre la incertidumbre é inconsistencia de las grandezas humanas. El regocijo

de que acabo de ser testigo era demasiado estrepitoso, demasiado exterior, para que me sea posible sospechar que el gentío aglomerado en la plaza del Pueblo veía en aquella funcion pirotécnica otra cosa que el mero resplandor de los juegos de las luces.

Esta mañana me he entregado con placer á las delicias del reposo, pues es la primera vez que he podido disfrutarlo despues de diez dias; y lo mismo han hecho los viajeros. Algunos sin embargo han ido á la capilla Sixtina, donde los divinos Oficios volvian á celebrarse como en los lunes ordinarios; otros han marchado ya á Civitta-Vecchia, Florencia ó Nápoles, segun la direccion de su viaje.

¿Cómo va á desahogarse esta aglomeración de extranjeros? Esto me pregunto no sin asombro. Todo el barrio en que habito parece próximo á quedar desalquilado; solo he visto baules enormes que se amontonan sobre los vehículos, y los cascabeles de los caballos que se dirigen al Ponte-Molle no han dejado de sonar un solo momento en la plaza de España.

He ido á pasear al bosquecillo de la Academia de Francia; el Pincio estaba cerrado para los preparativos de los fuegos artificiales, y disfruté una vez mas de la vista del panorama de Roma; el tiempo era magnífico, y sobre la yerba de las frondosas alamedas que se cortan formando ángulos rectos, algunos campesinos romanos bailaban la tarantela.

La famosa tarantela no es por lo demás tan elegante, ni mucho menos, como lo hacen creer las bailarinas de los teatros de Opera en la *Muda de Portici*; quizá allá en el interior de las Calabrias la tarantela estará mejor caracterizada; quizá será mas graciosa en Sorrento ó Nápoles; pero la que hoy he visto me ha hecho recordar el baile de una provincia francesa, harto desdeñada por otra parte, pero que no es un prodigio de agilidad ni de gracia. Tal vez los bailarines de la tarantela eran demasiado inexpertos; pero opino de todas maneras, que dicho baile no es mas que la danza auvernia; y las muchas láminas que la representan y se venden en Roma no me harán cambiar de parecer.

A las ocho me dirigí á la plaza del Pueblo, que encontré atestada de gente; la muchedumbre estaba cortada á trechos por las filas de los soldados de servicio, y las músicas militares tocaban alternativamente en los ángulos. Cerca de Ripetta habia una tribuna espléndidamente iluminada, reservada á los senadores. Prosiguiendo mi escursion llegué al jardin de la gendarmería pontificia, situado en frente del Pincio, y asistí cómodamente á un hermoso castillo de fuego; el brillo de los diferentes colores, debido en parte á la influencia de la atmósfera romana, era algunas veces objeto de entusiastas aplau-

sos. Los grupos de las estatuas del Pincio presentaban un efecto fantástico al ser alumbradas por luces ya de un color, ya de otro.

Al terminar los fuegos se encendieron alrededor del Obelisco cohetes corredores que iban casi rozando las cabezas, en medio de la risa general, á encender los fuegos de Bengala alrededor de la plaza; tres veces este chiste pirotécnico tuvo el mismo buen éxito, y tres cambió el color de las luces; esto siempre es igual, y no obstante, el espectáculo de que se trata tiene siempre el privilegio de complacer al pueblo. Aquello fue por lo demás la señal de la retirada; los fuegos alumbraban el camino, y todos se retiraron, sino silenciosamente, por lo menos sin el menor desórden.

En otro tiempo, estas funciones de pólvora se verificaban en San Angelo; un inmenso penacho luminoso se desprendia del Torreón, como de un centro ígneo colosal; las paredes estaban igualmente iluminadas, y el conjunto se llamaba la *Girandola*. Dicese tambien que Miguel Angel trazó el plano. Actualmente, la presencia de los polvorines destinados al servicio de la artillería en el castillo de San Angelo, ha hecho indispensable trasladar los fuegos al Pincio; y en verdad que era imposible hallar un sitio mas á propósito, merced á las rampas sobrepuestas que ofrecen muchos recursos á la ornamentación.

Pero se hace tarde y debo concluir.—Muy pronto tambien me alejaré de Roma, despues de haber gozado algunos dias de la calma turbada por tanta gente durante una semana. Las ceremonias de la Semana Santa, especialmente en San Pedro y la capilla Sixtina, son á veces magníficas; pero creo que Roma, grandiosa y solitaria, presenta muchos mas encantos en su magestuosa tranquilidad.

¡Adios! Mis cartas han concluido, y deseo vivamente que su lectura te haya proporcionado algun placer.

LUDOVICO CELLER.